mueca agria que una ligera sonrisa, un trazo violento que, por ejemplo, la línea natural y elegante, un tanto al modo inglés, del estilo de Marichalar. ¿No ha sido precisamente Oscar Wilde quien ha dicho—y Marichalar quien lo ha recogido—que la crítica es autobiografía?

Al nuevo crítico no le interesa ni escribir anuncios, ni emitir fallos. Pretende plantear su *modo de ver* (que no es más que un *modo de ser);* pero sin tener, como diría Stendhal, ningún deber de mirar para ir informando. De una y otra manera el crítico de antes dejaba pasar la atención del público a través de sí, para que íntegramente llegara al creador. El crítico de hoy, es cierto que con más inmodestia, pero con más valor, llama al público a sí, juzga para ser juzgado, se coloca frente a los demás, quiere hacer gravitar toda la atención hacia él y lo criticado no es sino un pretexto.

Se ha suprimido la separación entre las artes de escribir. El historiador, el crítico, el creador, quieren decir la misma cosa, quieren irse silabeando a sí mismos, y no hay más que una diferencia, de ordinario por razones temperamentales y de formación cultural, en cuanto al método. La mejor parte del interés de una obra crítica empieza y acaba en el crítico. El crítico lleva hoy una vida literaria directa, originaria, de primer grado. No hay que olvidar que el buen crítico actual es también un creador.—*JOSE ANTONIO MARAVALL.*

199-221

Imprenta de Galo Sáez. Mesón de Paños, 6. Teléfono 11944. Madrid.

Año XI N.° CXIX

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES AUG 8 1933 LIBRARY

Sumario

J. Ebbinghaus: *Sobre los progresos de la metafísica* * Howard Scott: *Indagaciones sobre la naturaleza de la crisis actual* * Medina Azara: *La cuna ibérica de los hebreos* * Fernando Vela: *Eugenesia y racismo.*

NOTAS.—Juan Dantín Cereceda: *Antes del parto, en el parto y después del parto* * Guillermo de Torre: *Un falso balance del arte nuevo.*

Viñeta de Ontañón.

Precio: 3,50 Madrid Mayo 1933

comprender el orgullo fanático de los sefarditas con que odian a sus hermanos askenasitas con un odio heroico, fascista. Sería el orgullo de una tribu que siente bajar los últimos nervios de sus raíces hasta la primera cultura europea y que no abandonó su suelo natal sino expulsada bajo circunstancias terribles. Y sería el odio de hombres cuyos hermanos abrazaron una concepción del mundo ferozmente mística y analítica, mientras que ellos mismos, a pesar de la enemistad de la Iglesia, conservaron ese optimismo fatalista que transmite el cordón umbilical de la cuna.

Medina Azara.

Eugenesia y racismo

NO entiendo por qué los hombres «progresivos» se adhieren rápidamente a la eugenesia, y, en cambio, rechazan por reaccionaria la teoría de las razas, que el nacionalsocialismo alemán está poniendo, políticamente, en práctica. Pues el eugenismo no se propone, en última instancia, otra cosa que el logro de un tipo humano que no define en términos de raza, pero que define por ciertos caracteres. Si no llega a una determinación exacta es por la dificultad intrínseca de una precisión de este género, mas no por falta de ganas. El racista le lleva ventaja, porque sabe qué tipo humano prefiere: el que llama «ario» que, al menos, ya posee un nombre. Ambas teorías son tan contiguas que, entre ellas, se produce una constante comunicación y transferencia: el eugenismo cae en seguida, sin notarlo, en el racismo e, inversamente, el racismo se desliza en la eugenesia al más leve resbalón. La existencia de caracteres defectuosos en algunos inmigrados ha provocado en América medidas prohibitivas o restrictivas contra la totalidad de ciertas razas, desde

el punto de vista eugenésico, partiendo del falso supuesto que las deficiencias son inmutables y se transmiten hereditariamente, sin mitigación, a través de las generaciones. En Alemania, el racismo decreta medidas eugenésicas; véase, por ejemplo, la noticia publicada en la *Vossische Zeitung* de 4 de mayo, que decía en resumen:

«El comisario de Estado de Dormunt ha establecido en esta ciudad una oficina para la higiene de la raza. Han sido obtenidas ya las fichas genealógicas y biológicas de 80.000 niños de las escuelas, funcionarios, alumnos de las escuelas superiores, Universidades y otras clases de la población. Se espera para muy pronto una ley sobre diferenciación y regeneración de la raza. En su virtud quedará prohibida la mezcla de razas—he aquí una de las finalidades de la ficha genealógica—y la población se dividirá en familias cuya descendencia desea el Estado y familias cuya descendencia no desea el Estado. La consecuencia lógica es la esterilización forzosa de los individuos indeseables. El objetivo de esta higiene de la raza sólo se alcanzará al cabo de muchas generaciones, pero los hombres responsables que dirigen el Estado están obligados a pensar para muchas generaciones.»

No hay diferencia esencial entre procurar un tipo humano, constituído por cierta combinación de *genes*, o procurar un «ario» puro, que es eso, una combinación de *genes*, ni entre eliminar sistemáticamente determinados compuestos de factores hereditarios o eliminar el judío. Para el caso es igual que se declare la guerra a determinados factores o *genes* que a un individuo entero y ya terminado, a un «átomo» vital que a un ser vivo. Tampoco podría replicarse que aquella eliminación se efectúa antes del nacimiento, mientras que ésta se ejerce sobre una persona con derechos naturales. Desde un punto de vista filosófico y biológico el hecho es idéntico, porque la vida pide y quiere vivir todas sus combinaciones, todas sus formas posibles. Y, en fin, es igual creer en la constancia del misterioso factor hereditario que en la constancia de ese algo ignoto que llamamos «raza».

En el eugenismo que se presenta como teoría racional y el racismo que responde a sentimientos irracionales hay, latente en aquél como en otras tesis actuales tenidas por avanzadas, declarado en éste como en otras doctrinas llamadas reaccionarias, un común afán de homogeneización humana que es un signo de nuestro tiempo. La cual, rara paradoja, no se obtiene sino después de trazar diferenciaciones absolutas, radicales, indelebles; en Alemania, separando en absoluto al judío como ser inasimilable, o en Rusia al «burgués» que es considerado, no ya como clase social relativa a cierto estadio de la evolución económica, sino más bien a modo de tipo étnico, inmutable, irreformable. Así decía Kautsky que en Rusia el hijo, el nieto burgués sigue siendo tenido por tan burgués como sus antepasados, de la misma manera que el hijo de negros tiene que ser también un negro. Esta analogía de rasgos fisiognómicos se da hoy entre las actitudes que parecen más contrarias como, en definitiva, ha ocurrido siempre, porque la contem-

poraneidad es cosa más honda que la coincidencia azarosa de haber nacido en un mismo tiempo. En todos los movimientos políticos novísimos y aún en los más viejos que superviven a condición de adaptarse, hay una filiación común que no previene simplemente de que, como mil veces se ha observado, el que combate contra una cosa se contagia de su enemigo, toma forzosamente algo de él y se tiñe vagamente de su color. La eugenesia tiene que ser relacionada con la racionalización, la standardización, la economía planificada, la *gleichschaltung* nacionalsocialista, la uniformación fascista o comunista. La eugenesia, llevada a su extremo, sería una uniformación más radical que cualquiera otra, puesto que conseguida ella, no había necesidad de ninguno de esos otros procedimientos políticos y estatales de homogeneización. Lograríase ésta acaso al nivel medio, dando plena realidad al «término medio» que sólo es un concepto estadístico, producido precisamente por las diferencias, como la «temperatura media» que define el clima de un país es la que no hay o pocas veces hay. No podría ya decirse con Nietzsche: «las masas, la estadística y el diablo se las llevan». Entonces todo sería masa media, uniforme como piden las extrañas doctrinas del día. No es posible eliminar únicamente las diferencias bajo el nivel medio; se elimina las «diferencias» en general. Las inferiores, a expensas de las superiores, a expensas, en fin, de ese maravilloso azar de la vida que engendra seres radicalmente diversos, cuyas maneras de ser, sentir, ver y pensar, se sustraen a toda previsión y a todo proyecto humano.

Puede ocurrir que si el eugenismo empieza por esterilizar directa o indirectamente, por francas mutilaciones fisiológicas o por rodeos capciosos, a los criminales e imbéciles acabe, como dice Russell, por incluir entre los indeseables, al que se resista a sufrir los exámenes escolares y, en último término, al que difiera del tipo preferido por las clases directoras. En Dortmunt son funcionarios públicos los encargados de clasificar la población en familias cuya multiplicación «desea el Estado» o «no desea el Estado». ¿Cuál es el criterio de los funcionarios públicos clasificadores? Seguramente no es ya el de los verdaderos eugenistas; por lo menos, es un criterio estatal, determinado por las ideas reinantes acerca del tipo humano deseable, las cuales son relativas, pasajeras, modificables. Los 80.000 fichados de Dortmunt quedan sujetos en su «vida», en las posibilidades vitales que hay en ellos, a una oficina pública, al criterio ocasional de unos funcionarios, a la concepción actual—provisional—de la ciencia eugénica, sin contar con el riesgo de que la política vaya infiltrándose en la regulación genésica oficial y al cabo el «nazi» se convierta en un tipo étnico.

La eugenesia aspira al alto rango de una ciencia, en que concurren los descubrimientos sobre la herencia, iniciados por Mendel, y las observaciones recopiladas en la cría y cruce de razas animales. Pero ¿está justificada la pretensión? ¿No alega precisamente la ciencia contra la eugenesia? Los resultados obtenidos por Mendel, al cruzar razas distintas del *pisum sativum*, el humilde guisante de las menestras, se con-

densan en la tercera ley de la herencia: «Los caracteres están separados en las células germinativas». Esta ley suscita este problema: ¿cuál es, entonces, el asiento material de los caracteres (forma, color, tamaño, etc.) en las células germinativas? Investigaciones posteriores permiten contestar que están en los *cromosomas*, partes nucleares de la célula que reciben este nombre por su capacidad de absorber materias colorantes. Los cromosomas se componen, a su vez, de gránulos microscópicos, los *cromomeros*, que se pueden suponer constituídos por otros granitos, que son los verdaderos factores o átomos hereditarios, los *genes*, asiento de las propiedades del individuo. Por los diferentes resultados obtenidos en el cruzamiento se puede afirmar qué factores residen en el mismo cromosoma y se heredan siempre juntos, sin que falte uno solo cuando se dan los demás. Según esto hay caracteres que se heredan en bloque, «bloques hereditarios». No se ha podido precisar el lugar del cromosoma donde está localizado cada factor, pero sí en qué cromosoma y, dentro de él, si están próximos o distantes. De aquí se ha llegado a la conclusión aventurada de que es posible producir a placer determinadas combinaciones, es decir, determinados individuos. Este es el fundamento científico de la eugenesia.

Mendel ha sido, efectivamente, un genio de la biología, comparable a Galileo en la mecánica. Como la de éste, su genialidad consistió en saber escoger el experimento más sencillo, para hacer posible la observación exacta y la fórmula matemática. Se

había decretado que la biología tenía que ser científica, experimental, y que sólo existía una biología científica y experimental: la darwinista. Pero fué Mendel, el ignorado frailecito de Brünn, cultivador de guisantes en el huerto del convento, quien se ajustó rigurosamente a las reglas del método experimental. Dió de lado a toda hipótesis explicativa, a todo determinismo causal, para atenerse con máxima fidelidad a los hechos. Escogió el guisante que, por su pequeño número de caracteres, permite al investigador observar, sin confusiones, los efectos que resultan de alterar uno de ellos mientras permanecen invariables los demás, que en esto consiste, en su esencia, el método experimental. El *pisum sativum* es, en la teoría de la herencia, el equivalente del plano inclinado de Galileo en la mecánica. Como Galileo variaba unas veces la altura, otras la longitud del plano, o Marotte, en el estudio de los gases, modificaba las presiones a temperatura igual o las temperaturas a presión igual, para hallar aquél la fórmula única de la caída de los cuerpos, éste, la del volumen de los gases, Mendel cruzaba guisantes distintos sólo en el color: guisantes verdes y amarillos; después guisantes que se diferenciaban en dos caracteres: guisantes redondos verdes y guisantes picudos amarillos, después guisantes con tres caracteres distintos, complicando cada vez más las experiencias. Así halló resultados casi expresables en fórmulas, así halló las tres leyes fundamentales de la herencia. Los experimentos de Morgan con la mosca del vinagre han llevado a más amplio desarrollo la teoría men-

deliana. Pero también la mosca del vinagre es un sujeto experimental relativamente simple. Sus células germinativas sólo contienen cuatro cromosomas. Pero en estas cuatro cromosomas hay, según evaluación de Morgan, 3.000 factores hereditarios o *genes*. Calcúlense las combinaciones y permutaciones con 3.000 elementos, es decir, el número de seres distintos que hace posible el contacto de una pareja de células germinativas. Pero la célula de la especie hombre es mucho más complicada: encierra 24 cromosomas constituídos por infinidad de *genes* o factores hereditarios, físicos, fisiológicos y hasta psíquicos acaso. El número de combinaciones y permutaciones posibles es prácticamente infinito. Es infinito el número de tipos humanos en estado de potencia. Aunque los factores sean invariables, la combinación en que se entrelazan nunca más se repite. No cabe hablar de una regulación voluntaria, conforme a plan; antes bien, parece más cuerdo ver en el acto reproductor una ocasión que la vida se ofrece a sí misma para poner en presencia, una vez más, los infinitos átomos hereditarios y producir una combinación absolutamente inédita, imprevisible, irreproductible. Es esta creación de individuos únicos, inimaginables, irrepetibles, lo que justifica la vida.

La teoría mendeliana ha sufrido profundas modificaciones. Su extremo esquematismo fué, al principio, una ventaja, porque dejó en claro y limpio los hechos fundamentales de la herencia, y dibujado como en líneas de puntos, por transparencia, su mecanismo más elemental. Pero terminó por convertirse en desventaja, porque contribuyó a que se considerase este fenómeno biológico a la manera de un fenómeno mecánico o físico de enorme simplicidad, en que los factores hereditarios actúan efectivamente como los átomos independientes e invariables de la materia, dotados de determinada fuerza, por virtud de los cuales unos caracteres son dominantes, y otros, recisivos. La eugenesia parece ignorar la evolución de la teoría mendeliana y está casi tan atrasada respecto a ella como ese darwinismo vulgar que empezó a circular y estar en boga en el mismo momento en que el darwinismo había quedado demolido.

Pero la vida no actúa como un mecanismo compuesto de partes insolidarias e inmutables, conexionadas por mera yuxtaposición. Resulta erróneo, según las posteriores ampliaciones del mendelismo, creer que cada carácter, por ejemplo, el color de los ojos, es debido a un solo y determinado *gene*. Por el contrario, cada *gene* colabora, en solidaridad funcional con los demás, en la producción de todos y cada uno de los caracteres del nuevo ser. Estos caracteres no derivan cada uno de un *gene* distinto, sino de la combinación de todos, del mismo modo que las propiedades de un compuesto químico resultan de la combinación de los átomos que forman la molécula, y así un mismo átomo, si son distintos los que con él se combinan, da lugar a las propiedades más diversas. «La idea de las unidades representativas hereditarias—dice Jennings—, guardadoras cada una de ellas de una característica única ulterior, ha periclitado.»

No puede tampoco asegurarse nunca que los des-

cendientes de dos progenitores defectuosos, ambos, en una misma característica hereditaria, adolecerán también del mismo defecto. Este se presenta únicamente en el caso de que esa característica proceda del mismo *gene* en los dos padres, es decir, del mismo granito del mismo cromomero del mismo cromosoma en las células germinativas padre y madre. Si se debe a *genes* distintos, los vástagos nacen sin defecto, porque los *genes* de los padres se suplementan. También puede ocurrir que dos *genes* suplementados en esta forma se descompensen en otra generación. Así, no es imposible que dos padres pésimos den hijos óptimos o, al revés, de dos padres óptimos nazca un tarado.

Por último, aun en el caso de que a cada *gene* corresponda un carácter, como a cada número un logaritmo, los *genes* no son inmutables a través de las generaciones. El profesor Eugen Fischer, director del Instituto Kaiser-Wilhelm de Antropología, Herencia y Eugenesia, en conferencia explicada recientemente—a últimos de abril—en la Sociedad berlinesa de Antropología, ha encontrado ciertas variaciones en la descendencia de los seres vivos que no pueden explicarse simplemente como resultados de una nueva combinación de los átomos hereditarios, sino que es necesario admitir que ha variado, en su esencia, algún *gene*, y no solamente su engranaje y coordinación. Es decir, que un *gene* que, en la teoría mendeliana primitiva representaba el color azul de los ojos, había dejado de pronto, por mutación brusca, esta representación y, en cambio, encarnaba, por ejemplo, el

color tabaco. Goldschmidt rechaza esta variación cualitativa de los *genes* y explica los saltos o mutaciones bruscas por una variación cuantitativa en los factores hereditarios. Que estos aumenten y disminuyan en número o sufran bruscos saltos cualitativos es indiferente para nuestras consideraciones; siempre es que algo nuevo interviene sin causa conocida, bien un *gene* nuevo, bien un *gene* que, al variar, representa una nueva cualidad.

En resumen, no puede asegurarse por cruzamientos una determinada dirección en la evolución humana, porque, 1.°, los caracteres del nuevo ser dependen, no de los genes, sino de sus combinaciones; 2.°, pero estas combinaciones son infinitas en número y, algo más que imprevisibles, inimaginables (el sexo del nuevo ser es previsible pero no inimaginable; mas el nuevo ser es lo uno y lo otro), y además, 3.°, los mismos genes de la célula germinativa varían cualitativa o cuantitativamente, introduciendo un momento más de azar. No hay, pues, combinación permanente. Ni siquiera son permanentes los elementos de la combinación. Cada combinación dura estrictamente lo que el individuo; los elementos impersonales—los átomos hereditarios—cuya conjunción había dado lugar a ese «plus», a ese algo nuevo que no hay en ninguno de ellos ni en su mera adición, a saber, la persona, se separan, desparraman, quedan en su estado original, en disponibilidad para formar otra combinación, otro individuo, óptimo o pésimo, valioso o despreciable, pero *nuevo*. Se separan, desparraman, ofrecen a la vida una nueva posi-

bilidad. Unicamente podría fijarse el tipo humano si nuestra especie se reprodujera por división o por esquejes. En este caso, los dos trozos que resultan de la división o el esqueje, contienen la misma combinación de genes que podría perpetuarse, si no fuera necesario, en ciertos casos, avivar su vitalidad introduciendo *genes* nuevos por medio de la reproducción sexual. Pero ¿qué adelantaríamos con la multiplicación y perpetuación de sólo uno o varios tipos humanos escogidos, además, según nuestras efímeras ideas de hoy? No; hay que dejar a la vida que juegue su juego, hay que dejar sus riesgos, todos sus *chances*. «Una tirada de dados abole el azar», ha escrito famosamente Mallarmé. Pero hay que dejar a la vida que tire sus dados. La vida, en sus azarosas combinaciones, comete muchos errores, pero no será fácil tampoco acertar tanto y tan bien como ella. Cuando acierta, hace pleno. Por uno, da treinta y dos. Así dice Kraus en su *Pathologie der Person:* «la selección es menos creadora que la variación espontánea por mutaciones y combinaciones nuevas». Es inútil la pretensión de querer estabilizar la vida; pero si no fuera inútil, porque ella tiene elásticos recursos para deshacer toda malla rígida en que se la quiera prender, sería absurdo. Nadie sabe si uno de los factores o genes, que producen una combinación mala, indeseable, una vez suelto no dará lugar en otra combinación a un ser excepcional. En otra combinación puede ser el ácido, el fermento, el excitante que activa la masa, el grano de sal que adereza el guiso o el elemento que, por su discordancia, introduce en el nuevo individuo una polaridad o tensión, un drama interior y viviente que le haga fecundo y creador. Hay «quizás peligrosos», decía Nietzsche; pero dejemos a la vida que haga de todo «quizás» un «ya». La vida—repetimos—quiere vivir todas sus formas, todas sus combinaciones, es decir, todas las conciencias, maneras de ser y pensar. Sólo así podrá ser recorrido, pensado, explorado el mundo físico y espiritual en la inmensa amplitud de sus dimensiones. Decretar la eliminación de un tipo humano es quitarle ojos a la vida, de los infinitos que necesita para verse a sí misma y al mundo. Si hubiera lugar a una intervención voluntaria, lo más cuerdo sería, en vez de empobrecer el número de combinaciones por la regulación eugenésica, fomentarlas, acelerarlas, multiplicarlas, experimentarlas todas para que la vida eche fuera todo lo que tiene dentro, para que dé de sí cuanto puede.

En 1879 escribía el gran historiador Theodor Mommsen contra el antisemitismo de Treitschke: «Los múltiples fines y relaciones del Estado moderno exigen el hombre con todas sus variedades y multitud de dones que una estirpe única no podría desarrollar por sí sola».

Estas palabras nos abren paso a la otra cuestión afín, el racismo, que de teoría antropológica ha pasado a práctica política, acaso porque cansado el europeo de la doctrina igualitaria—pero impregnado por ella—, necesite encontrar desigualdades más profundas que las de casta o posición social y económica. Nadie cree hoy en la superioridad del aristócrata o

que la riqueza o el cargo constituyen elementos diferenciativos. La conciencia de una igualdad esencial está en el fondo de todos. Mas por eso mismo, el afán innato de diferenciación ha tenido que buscar la desigualdad en algo más esencial, indeleble, que no deriva de una organización social pasajera. ¿Y qué factor de heterogeneidad más profundo que la sangre, la raza? En este sentido puede afirmarse que la política racista es una consecuencia de la democracia igualitarista. Es, por singular paradoja, una doctrina aristocrática para las masas. Funda la aristocracia racial de una masa. Gracias a ella, la masa de un pueblo se supone ser una aristocracia. No es una casualidad que el antisemitismo, siempre en potencia, sólo haya sido llevado a sus consecuencias prácticas más extremas cuando el nacionalsocialismo entronizó las masas en el Poder. Igualadas en el mundo moderno, no se han contentado con rebajar lo superior y han sentido el deseo irrefrenable de ser, además, tomadas en conjunto, como tales masas, superiores a alguien, de ejercer su desprecio y despotismo sobre alguien. Esta es la razón—y no las superficiales que se han dado—de haberse prohibido en Alemania la salida de judíos. En un cuento de Gogol, el demonio rapta al judío. Gran entusiasmo en el pueblo. Al día siguiente, el contento decrece. El pueblo advierte que le falta algo. Poco después, los gritos de júbilo se han convertido en lamentos. ¿Cómo vivir sin el judío? Al fin, el demonio ha de devolver al judío para que el pueblo se sienta a gusto teniendo de quien quejarse, a quien despreciar, sobre quien encumbrarse.

Porque la teoría de las razas no se satisface con describir las diferencias físicas y psicológicas de las variedades humanas. A estas diferencias formales añade un juicio de valor: unas razas son superiores, otras inferiores. Sin esta valoración, nadie adheriría a esta doctrina, porque, científicamente, no resiste una leve crítica. Es inútil mostrar con el dedo sus fallos, sus absurdos, sus contradicciones; basta que una pretendida superioridad racial justifique el derecho al predominio o la expansión. Ocurre como con el marxismo; falsa la doctrina, si ofrece a la masa el derecho al poder ya es suficiente para que cunda, prenda y se convierta en credo.

Cuando se lee la historia del capitalismo se advierte que los iniciadores de este régimen económico, allá por los siglos XV y XVI, no sabían que estaban haciendo capitalismo. «Capitalismo» es un concepto elaborado después que el capitalismo estuvo hecho y, precisamente, porque el capitalismo existía ya, como el concepto «avestruz» nace después de haber avestruces. Mas ahora se procede al revés; primero se ha formado el concepto «socialismo» y después se ha comenzado a realizar históricamente el socialismo; se parte, como los coristas de la ópera, para la guerra de los treinta años. En efecto, el pensamiento marxista describe, como el astrónomo, la futura trayectoria del planeta, la evolución económica del capitalismo, punto por punto. Todo estaba previsto, menos una cosa: la potencia creadora de la vida, que hace surgir cosas nuevas donde menos se espera. Y así, en el curso de la evolución mecánica,

automática, planeada por Marx, sobrevino una serie de acontecimientos inesperados—por ejemplo, la guerra europea, la crisis, los racismos y nacionalismos—que la apartaron del cauce tan exactamente prescrito por la dialéctica marxista. Por eso, el socialismo, que debía realizarse en el instante de máximo desarrollo económico, se encontró con que el día que hubiera debido ser su «día», cayó precisamente en unos tiempos de honda depresión económica, que contradecían todos sus supuestos y que, en definitiva, no solamente no se realiza, sino que, como partido, sólo puede vivir en los países liberales y burgueses, en la misma medida que lo sean.

De modo muy semejante procede la teoría de las razas. La superioridad de los nórdicos sería acaso una valoración racial que la historia justifique, una vez transcurrida la historia, es decir, un juicio histórico, respecto a un pasado, como el que enunciamos sobre los romanos del Imperio. Pero el racismo sigue el camino inverso. Primero, sobre la base de algunos datos muy confusos, afirma una superioridad racial; luego, en vista de esta superioridad puramente teórica, pretende el predominio histórico de esa raza en el porvenir. Es una valoración histórica para el futuro, con lo cual queda patente su absurdo esencial, su contradicción intrínseca.

Otra inversión semejante aparece clara cuando la teoría prohibe los cruzamientos y las mezclas de razas para conservar su pureza. Si hay algo que se puede llamar «razas» se debe, probablemente, a que durante inmensos períodos de tiempo los grupos de

hombres vivieron separados por grandes espacios, sometidos cada uno de ellos a las mismas influencias del mundo circundante. Este aislamiento favoreció dentro de cada grupo una selección en un determinado sentido y, por tanto, la producción de tipos fijos. Son éstos, pues, una consecuencia de aquella separación anterior a la entrada de los diferentes grupos humanos en el área de la historia universal. Pero la teoría racista hace, por el contrario, de la separación una norma para el futuro, derivada de la existencia de características raciales. Mas ¿puede conseguirse la separación? ¿Es útil para la historia humana, para la misma raza que quiere mantenerse pura? Hoy no existen razas puras, para que pueda justificarse un racismo rígido. Por otra parte, la mezcla de razas ha sido, en general, más fecunda que su separación radical. Los pueblos que no se han mezclado han terminado en el quietismo, tan pronto como desarrollaron las pocas posibilidades latentes en su sangre. Su evolución no rebasó de cierto punto; una vez llegado a éste, no han hecho más que repetirse. La civilización moderna está precisamente en los sitios donde se cruzan las razas. En un estudio reciente leo una observación que concuerda con este aserto: «La raza blanca, en que muchos ven la cima de la especie humana y la sal de la tierra, cuando se encuentra en estado de pureza no alcanza la civilización, ni llega a un nivel intelectual superior más que cuando se transporta al interior de esa zona geográfica que hemos llamado el *limes* romano», es decir, en nuestra idea, a la zona de entrecruzamiento de razas y pueblos. Muchas veces se ha

observado que la época culminante de un pueblo viene después de una invasión u otro acontecimiento semejante que refresca la sangre vieja por la adición de una sangre nueva. Es como el encabezamiento de un vino por un añadido de alcohol. Los nuevos elementos hacen también aquí de levadura, aderezo, especie o contradicción que produce una tensión fecunda, como en el caso de la India, al mezclarse los nativos con los invasores del Norte, o en el de Inglaterra, por la fusión de sajones germánicos y normandos comunizados. Decía Mommsen en la citada réplica a Treitschke: «El metal germánico necesita para su moldeamiento la añadidura de un tanto por ciento de Israel». No hay mejor mixtura que una buena masa neutra y sana con un fermento ácido que la active. Es una fórmula de panadería.

Me limito a citar los experimentos de Shall y East con diferentes razas de cereales. La reproducción sin cruzamiento termina por hacer declinar la fuerza constitucional, la fecundidad; en cambio, el cruzamiento produce individuos más fuertes, que se extienden mejor y dan más grano. Eugen Fischer ha observado que los descendientes de la mezcla de boers y hotentotes son más altos, más fecundos y más sanos.

El cruce es beneficioso en todas sus dimensiones. En un trabajo publicado por el profesor Winkler, en el mes de marzo, con el título: *Eugenik und Binnenwanderung*, sobre las migraciones interiores de la población alemana, ha encontrado los siguientes resultados en los niños de las escuelas de Mecklenburgo.

De los hijos de dos padres mecklenburgueses el 16,7 por 100 estaban bien dotados, el 76,5 suficientemente dotados, el 6,8 insuficientemente. De los niños con un solo padre mecklenburgués, el 23,2 estaban bien dotados, el 71,1 suficientemente, el 5,8 insuficientemente. Existe, pues, una superioridad por parte de las familias «mezcladas». Y esto solamente si la diferencia de los progenitores se reduce a su lugar de origen. El elemento extraño, aunque sólo sea extraño en cuanto al lugar, potencia y encabeza lo indígena.

Cito ahora un trabajo de Heinz Caspari en la *Deutsche medizinische Wochenschrift* (27 enero 1933): «La tragedia de la esencia nórdica es que un pueblo nórdico, sin mixtura de sangre extraña, se diluye cada vez más y llega a perder con el tiempo incluso su carácter nórdico. La *élite* del hombre nórdico, del hombre escandinavo, ha saltado siempre las fronteras de su pueblo y se ha esparcido como abono de la cultura por todo el mundo. Lo que ha quedado fué como una antiselección: hombres de sangre nórdica, pero cuyo espíritu nórdico estaba aminorado... Sin una nueva inmigración de sangre fresca, desciende cada vez más el nivel corporal y espiritual de la población. El número de enfermos mentales o débiles de espíritu en Suecia es de 44,6 por cada 10.000 habitantes, contra 34,3 en Alemania, que es una mezcla de razas. En la Prusia oriental, que es un país de emigración, el número de enfermos mentales llega al 44,8 por 10.000, mientras en Sajonia, país de inmigración, está muy por debajo de esa cifra.» La importancia de estas observaciones, que el espacio

obliga a resumir, está en las primeras líneas: que un pueblo nórdico, incluso para no perder sus caracteres de tal, necesita inyecciones de sangre extraña. Y, viceversa, la sangre nórdica es más productiva que pura, cuando se añade, a modo de levadura, a las demás sangres europeas. También lo afirma Günther Gründel: «Es probable que la raza nórdica, dotada notable pero unilateralmente, necesite semejantes mezclas para poder dar toda su medida. La historia de sus migraciones, de una parte, la de sus grandes realizaciones, vienen a corroborar esta hipótesis. ¿Cómo no creó nunca fuertes civilizaciones y Estados vigorosos en sus países de origen, allí donde se mantuvo más pura y sí, en cambio, en tierras conquistadas y colonizadas después de haberse cruzado con pueblos de otra sustancia racial?» En fin, dice Leininger en *La herencia biológica* *: «El nacimiento de los bastardos de Rehoboth (los descendientes de boers y hotentotes estudiados por Fischer, a que antes nos referimos), que forman un pequeño pueblo, relativamente uniforme, aclaró algo el origen de nuestros pueblos cultos. En su formación han de haber colaborado una serie de razas, aunque no tan distintas como los boers y los hotentotes, pero acaso más cargadas de capacidades hereditarias. La consecuencia fué una diversidad tan enorme en los individuos, por causa de la división libre y las combinaciones nuevas de las disposiciones primitivas que en tantos millones de hombres no se hallaran dos de iguales propiedades. La unión de germanos, celtas y eslavos, ha producido la población que hoy llamamos el pueblo alemán. En él es difícil, por no decir imposible, determinar en un caso particular las primitivas propiedades raciales. Así, pues, no ha podido nacer ni ha existido jamás una raza alemana pura.»

* Publicado en la Bibloteca de esta REVISTA.

Eugen Fischer, en su libro *Rasse und Rassenentstehung beim Menschen*, desecha la idea de razas prepotentes, es decir, razas que, al cruzarse con otras, preponderan sobre ellas. No es cierto que, como se supone, los europeos posean una menor fuerza hereditaria que los salvajes. «Nunca se ha demostrado que una raza se transmita por herencia con más intensidad que otra. La raza, como tal, el tipo entero, por así decir, la imagen de la raza, no se hereda nunca. Lo que se hereda son, exclusivamente, caracteres aislados, factores o unidades hereditarias.» «En los bastardos del Africa del Sur se ha visto claramente que los hotentotes no se propagan en los cruzamientos con más fuerza que los europeos.» Se produce, pues, una verdadera mezcla de factores hereditarios que, partiendo de las dos razas distintas, terminan por producir una población uniforme. Es lo que ha ocurrido en Europa.

Pero el gran error del racismo no es sólo que no se pueda hablar de razas puras en Europa, ni mucho menos de raza «aria», sino que el agente unificador del Estado nacional no es la raza. Pueblos, naciones, Estados, son mezclas de razas sobre las cuales actúa como factor unificador, más que el suelo, el clima, o el idioma, la historia común. Las razas no son el molde de los pueblos, sino los

pueblos el molde de las razas. La raza es pura unidad biológica; de ésta para arriba comienzan pueblo, nación, Estado. Estado es siempre un proceso de asimilación de diversas poblaciones; la nación es la consecuencia de este proceso histórico a cargo del Estado *. Unidad biológica, raza pura, en comparación con cualquier otra europea, es la judía, mal asimilada por los Estados, en parte porque éstos han procurado su aislamiento, en parte porque, en punto a racismo—sentido, vivido—, los judíos superan a cualquier Günther, mero teorizante y, además, mezclado de dinárico. Si hoy se prohibe la mezcla y contacto con el judío es precisamente porque no se ha mezclado suficientemente ni se mezcla.

En suma, contra lo que supone la teoría racista, lejos de ser el agente principal de la historia, la raza es uno de los elementos naturales que la historia coge, golpea, deshace, funde, moldea, refunde. El Estado nacional, unificado, llevado ya a término, ha comenzado por ser dominio de una población sobre otra. Mientras no hay una heterogeneidad—racial y social—no existe necesidad de un Estado que la organice y articule. Pero el Estado que suele empezar por dominación acaba por asimilación y fusión de las poblaciones diversas, en una historia común que la convierte en unidad nacional. No existe historia mientras no hay Estado; la historia no es de razas, sino historia del Estado. En esto hay que volver a Hegel. La teoría política del racismo significa la vuelta a la etapa inicial del Estado: a la de la dominación. De ahí su rudeza, su brutalidad completamente inactual, sus maneras de primitivismo político... Pudiera hacerse una confrontación puntual y encontraríamos en el Estado racista casi todos los caracteres del Estado en su fase más remota y original.

Fernando Vela.

* Véase J. Ortega y Gasset. *La rebelión de las masas*, XIV. *¿Quién manda en el mundo?* VI y VII.